

REGIÓN

POLÍTICA | 18 |

Los partidos políticos extremeños se preparan para las elecciones del próximo año

SALUD | 19 |

El Centro de Reproducción Asistida ha hecho posible que 122 extremeñas queden embarazadas

Alrededor de **70.000 extremeños** han construido su vida en el País Vasco después de tener que abandonar la tierra que les vio nacer

Los hijos vascos de Extremadura

TEXTOS Y FOTOS JON CUESTA RODRÍGUEZ

Cada día en la vida de un emigrante extremeño es nostalgia, vivencias, recuerdos. Cada minuto, agradecimiento en forma de esfuerzo y trabajo en la tierra que les acogió y les permitió proyectar un futuro de garantías. Cada segundo, una tentación de regresar algún día al lugar que les vio nacer.

Actualmente, alrededor de 70.000 extremeños y 200.000 descendientes viven en el País Vasco, un territorio próspero cuyo auge industrial de la segunda mitad del siglo XX atrajo a miles de emigrantes que huían de la escasez del campo y del paro obrero en la Extremadura más atrasada y pobre.

Hoy, muchos años después, desde la tierra que tan ansiosamente espera que el terrorismo les deje en paz, 14 personas que vivieron en sus carnes la emigración nos cuentan 14 historias, 14 vidas diferentes obligadas por unos u otros motivos a abandonar Extremadura e integrarse en una sociedad que les esperó con los brazos abiertos.

VALENTÍN VALERO Y ADELA MENOR
51 y 48 años • Irún



«Extremadura ha preferido emigrar, y eso da pena porque es nuestra tierra»

Valentín Valero y Adela Menor, emeritenses de 51 y 48 años, se casaron en Mérida en 1976, y poco después, en enero de 1977, partieron hacia Lesaka, un pequeño pueblo al norte de Navarra y limítrofe con Guipúzcoa. «Él ya había emigrado y trabajaba en una

EMIGRACIÓN DE UN SIGLO

- **Siglo XX:** Más de 800.000 extremeños han tenido que hacer las maletas y marcharse de la región.
- **Las décadas de los 60 y los 70** fueron las de mayor auge de la emigración. Casi el 35% de la población abandonó Extremadura, principalmente hacia el País Vasco, Madrid y Cataluña.
- **Sólo el 56%** de los extremeños sigue viviendo en la región (la media nacional es del 77%).
- **70.000 extremeños** residen actualmente en Álava, Vizcaya y Guipúzcoa, aunque las segundas y terceras generaciones, nacidas ya en el País Vasco, hacen un total aproximado de 200.000 personas.
- **Existen 16 asociaciones** extremeñas distribuidas por las tres provincias vascas y coordinadas por la Federación de Asociaciones Extremeñas de Euskadi.
- **Sólo el 43% de las parejas** en el País Vasco están compuestas por hombre y mujer de dicho territorio.

Fuentes: INE, Artemio Baigorri y Enciclopedia Extremeña



POLICÍA MUNICIPAL. José Mejías, de 51 años y natural de Higuera de Vargas, llegó a Irún con 13 años.

«Me vine a Euskadi para trabajar menos y ganar más»

Antonio García, de 43 años, nació en Zalamea de la Serena pero pronto optó por buscarse la vida en otra parte. Se casó joven, con 20 años, y decidió que su pueblo no ofrecía las garantías laborales que él exigía. «Allí tenía trabajo, pero viajé a Cataluña primero y finalmente a Guipúzcoa para disfrutar de las

condiciones que debería tener cualquier trabajador en su puesto de trabajo». Hoy, 23 años después de hacer las maletas, Antonio ha construido su presente y su futuro en Zarauz, un pequeño pueblo de la costa guipuzcoana, y trabaja en el peaje de la autopista A-8 que une San Sebastián con Bilbao.

Cuando se le pregunta por las razones que le llevaron a alejarse de su tierra, lo tiene claro: «Me vine a Euskadi para trabajar menos y ganar más». A pesar de haber vivido ya más de la mitad de su vida a 900 kilómetros de su tierra, nunca se olvida de ella. «Todavía me sigo emocionando cuando vuelvo a casa de visita y me encuentro con el cartel de 'Comunidad de Extremadura' en la Nacional V», reconoce. «Al fin y al cabo, es la tierra donde nací y crecí».

lizar los cimientos de su nueva vida en el País Vasco sin perder de vista su procedencia. «Tenemos toda la familia allí, y nunca fallamos en vacaciones».

Desde la lejanía, Adela y Valentín divisan Extremadura con pena, porque la región «ha preferido emigrar a quedarse», y reconocen verla prácticamente igual que hace 30 años. «No ha cambiado demasiado», dicen. «A nivel de trabajo lo vemos igual de mal».

Ellos fueron prosperando, y en 1989 abrieron su propio negocio, «poquito a poco y con mucho esfuerzo», donde no falta ni el queso, ni el vino ni el jamón extremeño. Es la muestra más clara de lo cerca que siguen sintiendo esos 800 kilómetros 29 años después.

empresa de laminaciones», recuerda Adela. «A mí no me quedó más remedio que marcharme, aunque trabajaba en una oficina».

Los 800 kilómetros que les sepa-

raban de su tierra fueron una losa a la que les costó acostumbrarse. «No conocíamos a nadie, y los días siempre eran lluviosos, grises y tristes», recuerda Adela.

Cuando pudieron, Valentín dejó la fábrica y se trasladaron a Irún para probar suerte en una charcutería. Llegaron los hijos, todos iruneses, y comenzaron a estabi-

■ SIGUE EN LA PÁGINA SIGUIENTE

■ VIENE DE LA PÁGINA ANTERIOR

VÍCTOR BRAVO DURÁN

52 años · San Sebastián



«Hay muchos afiliados del PNV de origen extremeño y que incluso nacieron allí»

La historia de Víctor Bravo, donostiarra de 52 años, es la viva imagen de la integración de dos pueblos y de la transición generacional. Allá por los años 50, sus padres fueron los primeros en aventurarse a dejar Jerte. «Mi padre tenía 30 años, y el pueblo se le quedaba pequeño», señala. El cabeza de familia, que al mes de estabilizarse en San Sebastián se trajo a su mujer, pasó de plantar viñas y cultivar tabaco a ser pluriempleado en la construcción del que hoy es el principal hospital de la capital guipuzcoana. «Cuando yo nací ellos vivían en la propia obra», recuerda.

Por aquella época, su padre arrastró al País Vasco a muchos paisanos que, como él, no veían futuro en el campo extremeño. «Tuvo mucho que ver con las oleadas de jerteños que se trasladaron principalmente a Irún».

A pesar de sus orígenes y de sus apellidos, sus cuatro hermanos y él son vascos por los cuatro costados. Víctor, de hecho, se enroló en el Partido Nacionalista Vasco y llegó a ser director de Patrimonio y Contratación del Gobierno Vasco y director general de Hacienda de la Diputación Foral de Guipúzcoa, entre otros cargos de responsabilidad.

Sobre el mito de la pureza de sangre que aún persigue al PNV, Víctor se muestra tajante: «Es una solemne estupidez; a mí nadie me ha preguntado nunca sobre mis apellidos o mis orígenes». De hecho, el senador afirma que «el PNV tiene muchos afiliados de origen extremeño y que incluso nacieron allí».

En la actualidad, Víctor compagina sus tareas de senador con las de empresario, y ha emprendido un gran proyecto que le toca «el corazoncito», un complejo turístico en Jerte, la tierra de sus ancestros. Su hermano es ya propietario de un hotel allí, 'El Túnel del Hada', y él ha invertido, junto a otros cinco amigos vascos, en un «hotel rural de gama alta» en el que además de alojamiento quieren ofrecer actividades al aire libre como tirolesa, un parque faunístico, paseos a caballo y caza mayor. Será otro de sus muchos puntos de unión con Extremadura.



POLÍTICO. Víctor Bravo, de padres jerteños y senador por el Partido Nacionalista Vasco, posa en la donostiarra playa de La Concha.



ESTUDIANTE. Lidia Cruz, placentina, estudia Psicología en el campus que la Universidad del País Vasco tiene en San Sebastián.

HOGAR EXTREMEÑO GUIPUZCOANO San Sebastián

«En el pueblo teníamos garbanzos para comer y cenar»

Pedro, Luis, José y Antonio son cuatro extremeños en San Sebastián, cuatro vidas que apuran sus vinos de antes de cenar con la misma simpleza con la que explican las razones que les llevaron a emigrar: «Allí había que comer garbanzos al mediodía y por la noche», recuerda Pedro Luque, que abandonó Esparragosa de Lares con una maleta de madera y mucha ilusión

por montar en un tren que le llevaría a San Sebastián. 44 años después, con 57 años, Pedro sólo puede hacer un balance positivo. «Lo poco que sé lo he aprendido aquí».

Para Luis Herrero, de Moraleja, llegar a Guipúzcoa fue un cúmulo de circunstancias laborales. «Con 22 años no me importaba viajar». Vivió en Buenos Aires y Francia hasta afincarse en San Sebastián, y después de 27 años mira al pueblo con una «añoranza» teñida de recuerdos. «Cada día que me levanto tengo la duda de volver», reconoce. Su principal freno para hacerlo es su trabajo, sus hijos y, en definitiva, su propia vida.

A Antonio Márquez, de 46, le arrastró al País Vasco la más podede



HOGAR EXTREMEÑO DE ZARAUZ. Miembros del Hogar Extremeño en Zarauz posan con la bandera vasca y la extremeña.

rosa de las mareas, el amor: Maica, la que hoy es su mujer; había emigrado a Rentería mucho antes y estaba en el pueblo, Valdefuentes, para pasar las vacaciones de verano. «Me encapriché, dejé mi trabajo en Cáceres y por eso estoy aquí», afirma Antonio con una sonrisa que parece no haberse borrado desde aquel día en que la conoció.

Hoy tiene en San Sebastián su piso y dos hijas «maravillosas», Alba y Judith, y aunque no reniega de su pueblo, ya no se iría allí.

Del comienzo de su nueva vida en el País Vasco, allá por 1988, recuerda, sobre todo, la primera vez que fue a una sidrería. «Me sacaron un chuletón rojo, a medio hacer; y me negué a comerlo». Ahora,

entre risas, reconoce que ya no puede comer la carne de otra manera. «Nada más vuelta y vuelta», afirma Antonio, que enciende la mecha del debate en el bar que el Hogar Extremeño posee en el barrio donostiarra de Intxaurre. «Donde esté el chuletón de vaca retinto, que se quiten las demás». Es José Cháves, nacido y criado en Jerez de los Caballeros. Llegó a San Sebastián con su padre en 1969, con 22 años, y al año, ya estabilizados, se llevaron con ellos a su hermano y su madre. «Nos fuimos con mucha pena del pueblo», recuerda. Sus hijas están deseando tener vacaciones para ir al pueblo, y él lo tiene claro: «Cuando las chavalas se coloquen, me pensaré volver».



AÑOS 60. Dos emigrantes apuran resignados sus últimos momentos antes de emigrar. / HOY

Hasta siempre, Extremadura

Desde la segunda mitad del siglo XX, la emigración ha sido una de las losas más tristes y devastadoras con las que ha cargado Extremadura a lo largo de su historia.

Anteriormente, en los siglos XVI y XIX, la región ya sufrió las consecuencias de ser uno de los mayores focos emisores de emigrantes, primero a Indias y des-

pués a muchos puntos del país y del extranjero. Sin embargo, no fue hasta el siglo XX cuando la región se erigió definitivamente en el principal emisor de emigrantes del país con un total estimado de un millón de personas.

Este fenómeno se mostró especialmente acuciante a partir de los años 60. Desde entonces, casi 50.000



CHARCUTEROS. Valentín y Adela, de Mérida, se casaron y cogieron las maletas en 1977. Hoy tienen tres hijos y regentan su propio negocio, una charcutería repleta de productos extremeños.



CENTRO EXTREMEÑO GUIPUZCOANO. José Cháves, de Jerez; Luis Herrero, de Moraleja; Pedro Luque, de Esparragosa y Antonio Márquez, de Valdefuentes, en el Centro Extremeño de San Sebastián.

JOSÉ MEJÍAS

51 años • Irún



«Los vascos tienen un carácter cerrado, pero su amistad es para siempre»

José Mejías, de 51 años, está afinado en Irún desde los 13 años. Nació en Higuera de Vargas, pero prácticamente no se siente identificado con sus orígenes porque sus padres decidieron emigrar cuando él tan sólo tenía 8 años. Se fue-

ron a Francia, donde las subvenciones por sus cinco hermanos y el sueldo de su padre eran mucho más apetecibles que en Extremadura. A los cinco años, con 13, la familia se mudó a Irún, en la misma frontera con el país galo, y nunca más se movió de allí.

Hoy es policía municipal, y tiene la costumbre de cogerse 10 días en primavera para visitar Higuera de Vargas y relajarse del trabajo. «Así como otras zonas de Extremadura han evolucionado, a mi pueblo lo veo igual», reconoce. De la región se queda con la gente y el paisaje, aunque se notan los años que ha pasado en el País Vasco. «La gente de aquí es más cerrada, pero su amistad es para siempre».

HOGAR EXTREMEÑO FRANCISCO DE ZURBARÁN
Zarauz

«Euskadi no es la política ni los debates, Euskadi son las personas»

Unas pronunciadas escaleras conducen a una sociedad gastronómica de Zarauz. Si no fuera por la ikurriña y por la bandera verde, blanca y negra, nada haría sospechar que nos encontramos en el Hogar Extremeño Francisco de Zurbarán. En el interior, los socios se mezclan como las propias banderas. Extremeños, vascos hijos de extremeños e incluso gente de otras comunidades se dan cita allí, ejemplizando el mismo tejido social del País Vasco, en el que sólo el 43% de las parejas están compuestas por hombre y mujer vascos.

La integración y la convivencia han sido constantes vitales desde que los extremeños comenzaron a llegar a Zarauz, principalmente desde la Serena. «La mezcla enriquece, y al final se ha hecho entender que unos y otros no somos tan diferentes», dice Paco, de padres zafranenses y con un hijo vasco. Cecilio, secretario de la asociación, tiene claro que el País Vasco «es otra cosa» distinta de lo que se decía. «Euskadi no es la política ni los debates polí-

«En el pueblo todavía me dicen que no se atreverían a venir»

Antonio Márquez, natural de Valdefuentes, viajó a Rentería (Guipúzcoa) en 1988, con 28 años, y desde entonces es un enamorado del País Vasco. «Algunos se creen que la gente anda con pistolas por la calle», señala resignado. En su pueblo, muchos amigos siguen diciendo que no se atreverían a venir: «Yo les digo que nunca he tenido ningún problema, que esto es lo más tranquilo y maravilloso del mundo». Para Luis Herrero, nacido en Moraleja y residente en San Sebastián desde 1979, el problema nace del desconocimiento. «La mente se abre viajando, y el que no conoce la realidad de Euskadi es porque no ha viajado», sostiene. Cada vez que Bernardo Gómez, extremeño de 65 años, escucha algo relativo a la mala fama a la que el terrorismo ha condenado al País Vasco, siempre contesta lo mismo, que «aquí nadie se come a nadie». Para él, la imagen que se ha dado por televisión ha ayudado a distorsionar la realidad.

Sobre el proceso de paz abierto desde marzo, todos se muestran esperanzados, aunque prefieren esperar a que los hechos confirmen lo que sería «una maravillosa noticia». Y es que, después de casi cinco décadas de violencia y extorsión, todos tienen aprendida la lección. «La paz no se va a conseguir en dos días».

años junto con el resto de su familia en 1965, en pleno auge de la emigración en Extremadura.

Allí encontró a la madre de sus hijas, Pili Larrañaga, una vasca cien por cien cuyos padres habían vivido toda la vida en un caserío y no sabían hablar castellano. Se conocieron hace 27 años, y hoy tienen tres hijas vascas y vasco-parlantes, Ainara, Larraitz y Nerea. «A ellas les encanta Zalamea para ir de vacaciones, e incluso tienen su cuadrilla allí», dice Pili con un acento vasco que no ha podido contagiarse a su marido casi tres décadas después. José María y Pili, que acuden a Zalamea cada vez que tienen unos días libres, cuentan con lástima cómo «los jóvenes se están teniendo que marchar» del pueblo. «No hay salidas para ellos, y eso es preocupante», reconoce José María. A pesar de todo, él se volvería para allí «mañana mismo, si me lo proponen».

Ezequiel Huertos, de Retamar de Llerena, llegó a Hernani empujado por un paisano que trabajaba allí y que le dijo que había trabajado para él. «Mi madre no me dejaba ni salir del pueblo», recuerda. Pese a ello, cogió la maleta y se subió en un autobús, allá por los años 70. Estuvo tres años en Hernani, hasta que la empresa se trasladó a Zarauz. Como tantos otros, conoció allí una mujer extremeña, de Esparragosa, con la que después se casó y construyó una vida que hoy ya no cambiaría. «Me acogieron como uno más desde el principio, y eso siempre lo tengo presente», afirma. «Yo Guipúzcoa no lo cambio ni por Benidorm, ni por Salou ni por nada», dice. Además, «los que vinimos a Zarauz vinimos al mejor lugar del mundo».

LIDIA CRUZ

19 años • San Sebastián



«San Sebastián sería una ciudad 10 si estuviera más cerca de Plasencia»

A Lidia los estudios le han hecho cambiar su Plasencia natal por una ciudad atractiva, pero a 600 kilómetros y 10 horas de autobús por carreteras tortuosas. «San Sebastián sería una ciudad 10 si estuviera más cerca de Plasencia», reconoce. De hecho, se hubiera quedado más cerca de su pueblo, en Salamanca, si hubiera obtenido una nota más alta para acceder a la licenciatura de Psicología. «Al final elegí San Sebastián porque tengo familia y la ciudad me encanta».

Lidia es una recién llegada, y el cambio que más ha notado ha sido el de los precios, que en la capital guipuzcoana están por las nubes. Lo que más le gusta, la tranquilidad, la playa y la gente, por ese orden. «No entiendo cómo algunos intentan generalizar en el conflicto vasco, porque realmente son una minoría», sostiene.

Pese a los encantos de la ciudad, la morriña hace que una vez al mes se saque un billete de autobús para hacer un viaje eterno hasta casa. «Se hace muy largo, pero merece la pena», dice. Al fin y al cabo, Plasencia es insustituible para una placentina como ella.

personas decidían cada año que Extremadura no les brindaba las posibilidades de futuro que otras regiones como el País Vasco, Cataluña o Madrid sí proyectaban. Las míseras condiciones del sector agrario y el paro obrero condujeron a Extremadura a perder el 18% de su población entre 1960 y 1965, y el 35% del total para 1975.

El modus operandi solía repetir los mismos patrones: padre o hijo mayor que viajan a la aventura para probar suerte y que, tras estabilizarse en el lugar de destino, arrastran a toda la familia e incluso a otras familias del pueblo. En lo referente a los valien-

tes que dejaron atrás sus orígenes para aterrizar en Euskadi, todos coinciden en la tristeza de «haber tenido que abandonar su tierra», pero se muestran contentos de la manera en que se les acogió y se sienten plenamente unidos a su comunidad de acogida por su trabajo y, sobre todo, por sus hijos, nietos y bisnieto, vascos de nacimiento y de sentimiento.

La mayoría ha construido en el País Vasco una vida que ya no puede ni quiere abandonar, aunque, en el caso de Luis Herrero, ejemplo de otros muchos, «cada día» que se levanta reconoce tener «la permanente duda» de volver.